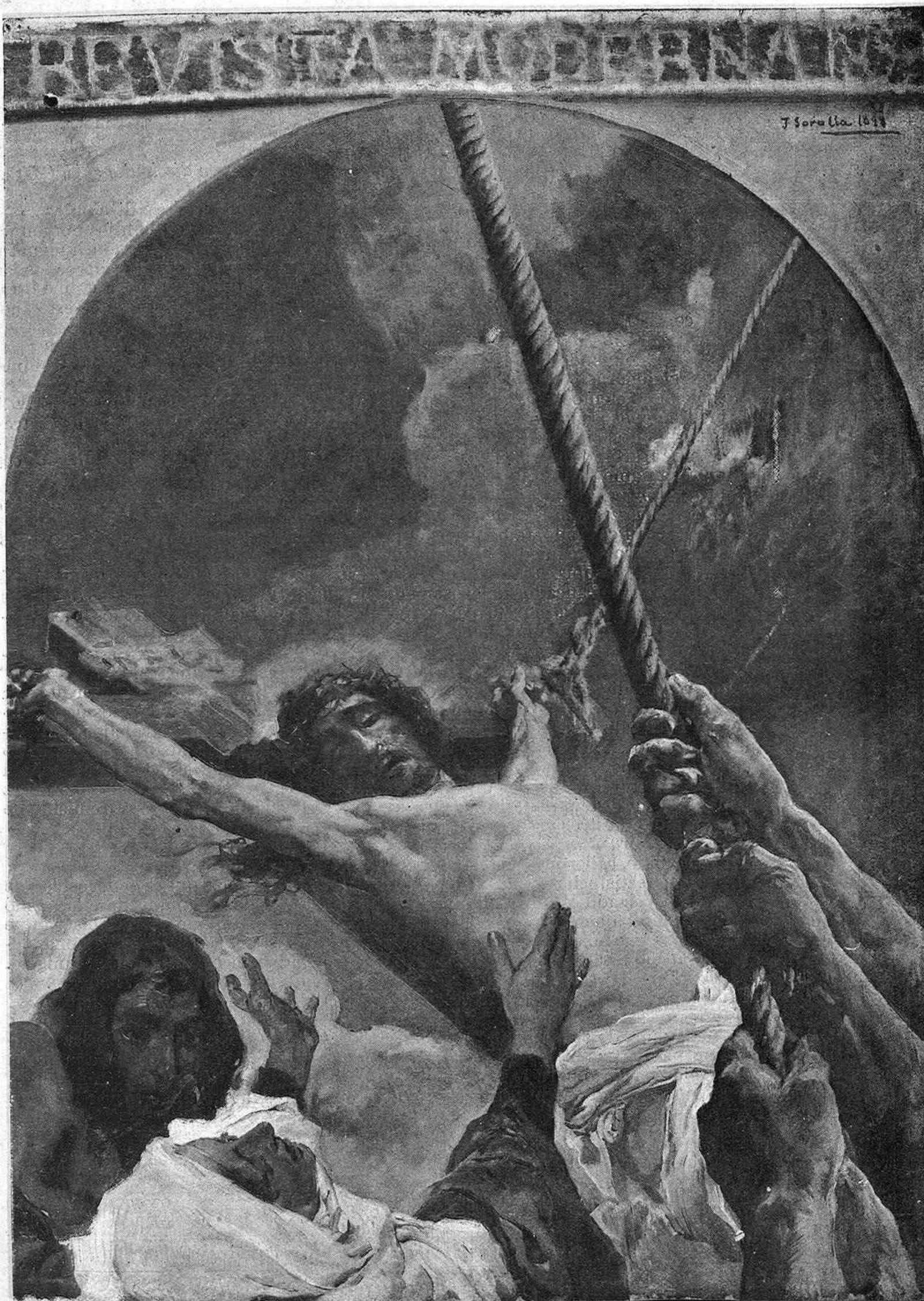


# La Revista



## Moderna!

JESUS EN EL SEPULCRO—Bajorrelieve de E. Marín.



LEVANTAMIENTO DE LA CRUZ—Dibujo de J. Sorolla

ALFONSO GONZALEZ MARTIN  
BIBLIOTECA  
MADRID

# Comentarios.

*Vespere autem facto, discumbibat cum duodecim discipulis suis. (Math., XXVI, 20.)*

«Y al caer de la tarde, púsose á la mesa con sus doce discípulos...»

No con doce discípulos, sino con cientos de miles de hijos muy amados, á quienes sacó de la barbarie, á quienes dotó de razón humana y de palabra articulada, y de fe, y de ciencia, y de todos los derechos, se hallaba á la mesa, sobria por demás, pero honrada como ninguna otra, la madre España, cuya pasión coincide, por caso tristísimo en este año, con la Pasión del Redentor del mundo.

*Et edentibus illis dixit: Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.*

«Y comiendo con ellos, dijo:—En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará.»

Y no uno sólo, sino cientos y miles de aquellos que eran, más que discípulos, hijos, y á quienes la madre generosa acogiera cien veces en sus brazos y perdonara todos los extravíos y aun los crímenes, cientos y miles de ellos la hicieron traición y la asestaron cruelísimos golpes y procuraron desangrarla, sin ver los muy malvados que las venas de nuestra santa madre no ha habido quien las agote jamás.

*Coenantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit, ac fregit, deditque discipulis suis, et ait: Accipite et comedite: hoc es corpus meus.*

«Y mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y le bendijo y le partió y diósele á sus discípulos, y dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo.»

Y no el pan que había sobre la mesa, por cierto asaz poco abundante, sino doscientos mil pedazos de su corazón, arrancados valerosamente del pecho, cogió la madre España y los bendijo y los envió á la tierra ingrata y mortífera, donde se habían levantado los hijos traidores y les dijo:—Tomad, ahí va mi cuerpo.

*Et accipiens calicem, gratias egit et dedit illis, dicens: Bibite ex hoc omnes. Hic est enim sanguis meus... qui pro (vobis et) pro multis effundetur in remissionem peccatorum.*

«Y tomando el cáliz, dió gracias y se lo dió á ellos, diciendo:—Bebed todos de él. Porque esta es mi sangre que por vosotros y por muchos será derramada para remisión de los pecados.»

Tomando, pues, el cáliz de sus libertades, con tanta sangre y tan graves trabajos conquistadas, aquel cáliz que en muchos tiempos fué cáliz de amargura, la madre España se lo entregó á los hijos buenos y á los ingratos del otro lado del mar, sin distinguirlos, sin taparse los ojos para no verlos, y les dijo:—Tomad, bebed esta sangre mía, hartaos de las libertades que yo conquisté, sola, sin vuestra ayuda, y sirvanos á todos para remisión de nuestros pecados, de nuestros errores y torpezas.

*Et hymno dicto, exierunt in montem oliveti.*

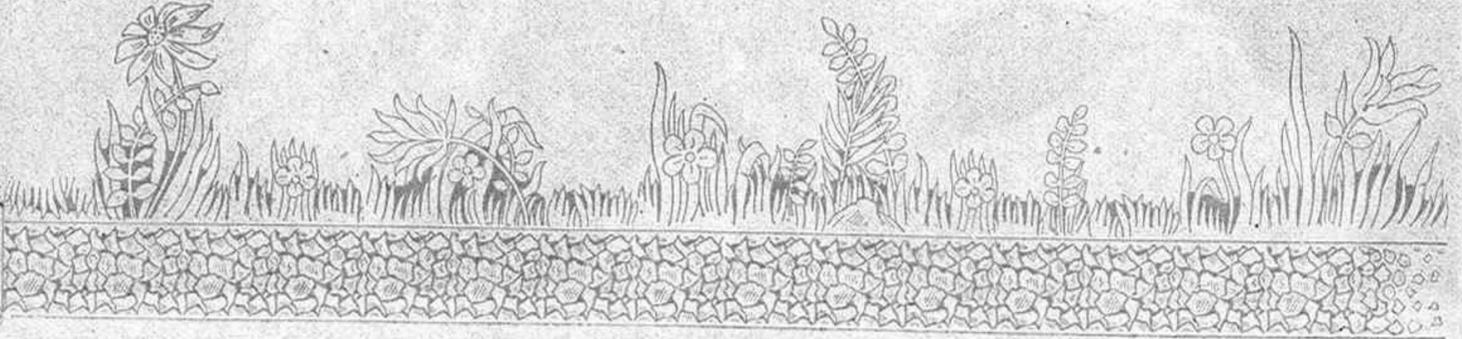
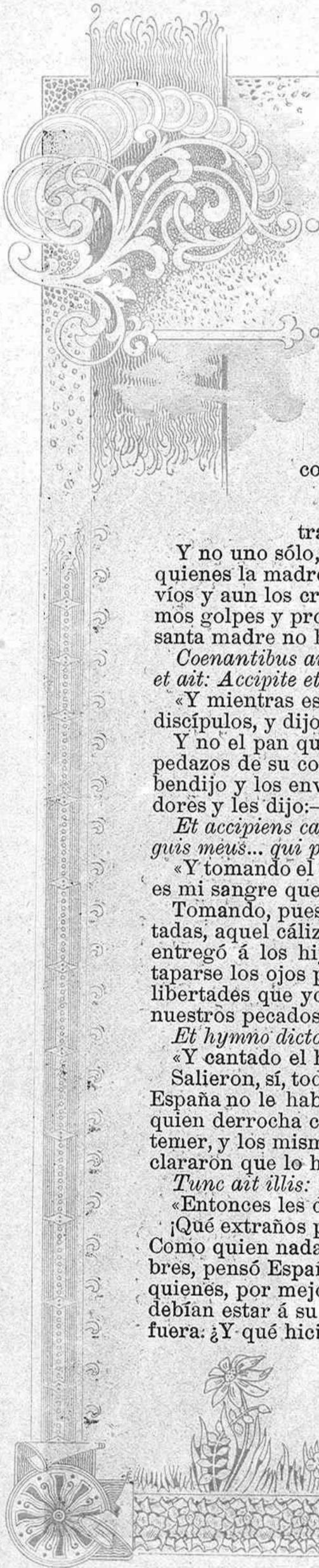
«Y cantado el himno, salieron hacia el Monte de las Olivas.»

Salieron, sí, todos, satisfechos y aun hartos, creyendo los favorecidos que la generosidad de España no le había costado esfuerzo alguno, resueltos á usar y aun á abusar de ella, como quien derrocha capital ajeno. Y lenguas de todas partes proclamaron que nada había ya que temer, y los mismos que maquinaban amenazar, y si podían, asesinar á la noble matrona, declararon que lo hecho estaba bien y fingieron alegría y vendieron hipócritamente amistad.

*Tunc ait illis: Tristis est anima mea usque ad mortem: sustinete hic et vigilate mecum.*

«Entonces les dijo:—Mi alma está mortalmente triste. Aguardaos ahí y velad conmigo.»

¡Qué extraños presentimientos, qué angustiosos atisbos tuvo entonces la madre inmortal! Como quien nada teme de su propia conciencia y todo lo teme de la maldad de los hombres, pensó España que sus hijos, los buenos y los malos, pero particularmente aquellos á quienes, por mejores, eligió para lo más importante y trascendental de su misión materna, debían estar á su lado, vigilantes siempre, siempre despiertos, avizorando los peligros de fuera: ¿Y qué hicieron?



*Venit ad discipulos suos et invenit eos dormientes, et dixit Petro: ¿Sic non potuistis una hora vigilare mecum?*

«Volvió después á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro:— ¿Es así que no pudisteis velar conmigo una hora?»

No pudieron, no, aquellos hijos que dirigían y podían y mandaban: que mientras por parte de los enemigos feroces se hacían aprestos de importancia, la madre desdichadísima veía á sus hijos ocupados en miserias de elevaciones á estos cargos ó á los otros, en disputas inconcebibles por lograr tal ó cual prebenda, en rebusca de votos y amaño de unas voluntades y disimulación de otras. Durmientes eran en realidad los que de aquel modo se movían y se agitaban: dormidos para lo urgente y atentos á lo secundario. Y una y otra vez la Patria oró sola, pidiendo á Dios la atención que en vano reclamaba de los hombres y la justicia, cuyo concepto parecía olvidado por todos los pueblos de la tierra, y muy señaladamente por los más grandes, terribles y poderosos, y vióse en el mayor desamparo, en la soledad del monte obscuro, y rodeada por unos cuantos hombres que dormían.

*Tunc venit ad discipulos suos, et dixit illis: Dormite jam et requiescite: ecce appropinquavit hora et Filius Hominis tradetur in manus peccatorum.*

*Surgite, eamus: ecce appropinquavit qui me tradet.*

«Entonces volvió á sus discípulos y díjoles:—Dormid, pues, y descansad. He aquí que ya se acerca la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores.»

«Ea, levantaos, vamos: ya llega aquel que me ha de entregar.»

Así, mientras muchos dormían y muy pocos velaban, llegó el suceso que todo el mundo había de esperar, aun cuando quizá no todo el mundo lo temiese. Y aquí sí que la realidad presente se enlaza con la sublime narración evangélica, y el parecido, antes un poco vago, entre los personajes humanos del drama se hace más notorio, más patente. Judas hubo en el Monte de las Olivas: Judas ha habido y hay ahora, sólo distinto de aquél en el traje, peor que aquél, si es posible, en la negrura y fealdad de su alma, que también cabe en la maldad mayor perfección y refinamiento, y el Judas de ahora se ha civilizado, se ha engrandecido, y no viene con turbamulta de gente armada con espadas y palos (*cum gladiis et fustibus*, que dice el evangelista Mateo), sino con escuadras poderosas y cañones rapidísimos, enviado también, como aquél, por los Senadores del pueblo (*a senioribus populi*).

*Et confestim accedens ad Jesum, dixit: Ave, Rabbi. Et osculatus est eum.*

«Y arrojándose luego á Jesús, dijo:—Dios te guarde, Rabbí (ó Maestro). Y le besó.»

El Judas de ahora envió, á manera de beso y de abrazo fraternal, una de sus más poderosas máquinas de guerra, demostración harto extraña de una amistad fingida y contrahecha, en la que nadie creía.

*Dixitque illi Jesus: Amice, ¿ad quid venisti?*

«Y le dijo el Señor:—Amigo, ¿á qué has venido aquí?»

Y si no dijo esto con toda claridad la madre España, bien lo dió á entender: que por ningún estilo era oportuna aquella muestra de amistad, ni de ella podían originarse sino graves daños. Y lo que España calló, la casualidad lo dijo, siendo este un caso más de aquellos en que el azar ha desempeñado el oficio de la razón, á falta de toda otra acción de justicia mundana.

*Tunc accenserunt, et manus injecerunt in Jesum, et tenuerunt eum.*

«Llegáronse entonces los demás y echaron las manos á Jesús y le sujetaron.»

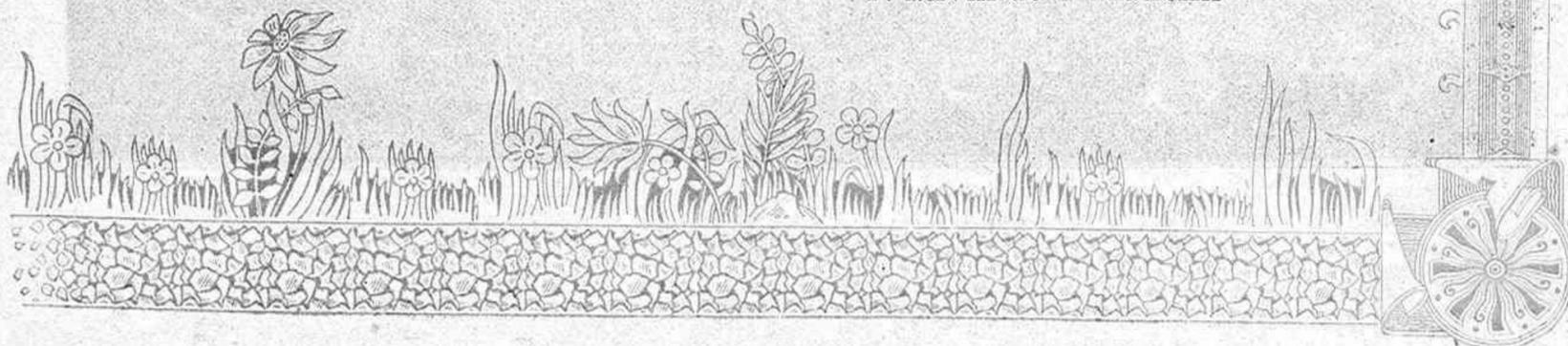
A este momento no hemos llegado aún, ni creo yo ni cree nadie que lleguemos. Judas y sus secuaces andan muy listos, sin duda; pero listo, y más que listo, audaz, y más que audaz, temerario ha de ser quien ponga las manos á nuestra madre España, quien de cualquier modo intente sujetarla ó cortarla la acción.

*Et ecce unus ex his qui erant cum Jesu, extendens manum, exemit gladium suum et. . . . .*

«Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús metió mano á la espada y. . . . .»

Y quedémonos, lector, si te parece, en tal punto, como se quedó nuestro Manco sano en mitad de la descripción del combate entre el gallardo Vizcaíno y el Ingenioso hidalgo manchego. El Cide Hamete Benengeli que ha de narrar esta hazaña no ha nacido quizá todavía; pero bueno es fijarse en que, discurriendo, discurriendo, al hilo de estos *Comentarios*, hemos saltado, sin querer, desde la narración evangélica hasta la vida y aventuras de nuestro caballero andante: bueno es reparar que, sin quererlo ni intentarlo, ya tenemos la espada del padre de los apóstoles, del pacífico y bienaventurado Pedro, en las manos del invencible Don Quijote.

F. NAVARRO Y LEDESMA





ALFONSO MARTINEZ  
BIBLIOTECA  
M. D. D. D.  
LIT. A. S. P.

UNA SAETA—DIBUJO DE GARCIA Y RAMOS

# REDENCIÓN

Clama la muchedumbre enfurecida  
y se funde, se empuja y se codea;  
llena la calle el sol, y sobre cascos  
y lanzas y bordados se refleja;  
la chusma imbecil, impaciente, ruje  
con los roncós bramidos de la fiera.  
Tarda mucho en llegar el Elegido,  
y el pueblo soberano se impacienta.  
Hermosuras con ojos soñadores,  
tal vez curiosas, los balcones llenan,  
que al fin, como mujeres, no perdonan  
presenciar los detalles de la fiesta.  
Entre todas aquellas hermosuras,  
una mujer espléndida descuella;  
el populacho y los soldados miran  
mientras ella sonríe satisfecha.  
Sus ojos son más negros que la noche,  
su rostro del color de la azucena  
y sus labios se plegan sonrientes,  
encendidos lo mismo que cerezas.  
Adorna sus cabellos con las rosas  
de Chipre, que coronan su cabeza,  
y muestra, impura, el seno mal velado,  
delicioso palacio de ternezas.  
Sin resto de pudor en la mirada,  
con el dulce desdén de la manceba,  
sobre la muchedumbre, que la admira,  
sus ojos clava con mirar de reina;  
ricas joyas adornan su tocado,  
espléndido botín de su flaqueza:  
cien amantes compraron sus caricias,  
cien joyas en su traje centellean.  
La muchedumbre se revuelve airada;  
de pronto un grito de entusiasmo suena,  
y en el fondo lejano de la calle,  
Cristo aparece con la cruz á cuestas.  
Pálido el rostro, ensangrentado, frío,  
llenos los ojos de infinita pena,  
¡con qué divina y celestial ternura  
mira á la muchedumbre que le afrenta!  
Ruje el pueblo deícida: el populacho  
imbecil y procaz pide que muera,  
y Cristo avanza silencioso, humilde,  
los dulces ojos fijos en la tierra.  
Siente el Divino Padre que le faltan,  
por los martirios del dolor, las fuerzas;  
mancha la blanca túnica la sangre,  
y el Nazareno se sostiene apenas.

Al llegar á la puerta de la hermosa,  
vacila un punto, se estremece y tiembla,  
y rendido al martirio del cansancio,  
Cristo, expirante, se desploma en tierra.  
«¡Azotadle! Que siga hasta la cumbre»,  
la infame muchedumbre vocifera;  
la mujer del balcón siente de pronto  
algo divino que á su pecho llega;  
deja su sitio y corre presurosa  
de su palacio á las doradas puertas;  
empuja á los soldados de la guardia  
y logra abrirse paso á duras penas,  
y de Jesús el rostro ensangrentado,  
llorando á mares, compasiva seca.  
Prorrumpe en risotadas la canalla  
y en frases sin pudor la soldadesca,  
y Cristo sigue por la calle arriba  
marchando siempre con la cruz á cuestas.  
Al entrar Berenice en su palacio,  
llamando á sus esclavas les ordena  
que quiten de su cuerpo aquellas joyas,  
que más bien que adornarla, la condenan.  
—¿Adónde vas?—le dicen.—

—Al Calvario  
á llorar mis pasadas impurezas;  
á rociar mi alma con la sangre  
de Cristo Redentor, y antes que muera  
quiero besar sus pies ensangrentados,  
que Dios recibe el llanto del que peca.  
¡Llorad! ¡Llorad! También llorad vosotras,  
mujeres pecadoras de Judea.  
¡Purificad el alma! Dios perdona  
al que al Calvario con sus culpas llega.

MANUEL PASO



(Dibujo de Benedito.)

# SURREXIT, NON EST HIC

(SAN MARCOS, XVI, 6.)

**S**i la pavorosa catástrofe del Gólgota produjo alteración honda y sensible en el mundo físico, con menoscabo de las leyes naturales, invariables y ordenadas, la Resurrección de Jesucristo produce otro trastorno semejante; si la muerte del Salvador conmovió de espanto al universo, la resurrección le conmueve de júbilo; si el sol anticipó el ocaso cuando el Hijo del Hombre, al inclinar la cabeza, entregó su espíritu, también anticipa el oriente al descubrir los ángeles la losa del sepulcro en el instante supremo de la resurrección.

La muerte del Nazareno, al decir de San Gregorio, revela *amor*; la resurrección, *poder*; y ante la grandeza y el imperio del poder y del amor, no es extraño que temblase la tierra y con la tierra el corazón y la conciencia de los hombres, porque la magnitud de ese amor y ese poder constituye la manifestación más espléndida y contundente de la divinidad, bien notoria en Jesucristo, por tratarse del único Hombre cuya vida fué predicha centenares de años antes de su nacimiento.

El mundo conocía y esperaba la venida del Mesías por las palabras de los Profetas y las acciones de los Patriarcas, cuya vida, según San Agustín, fué toda profética.

La doble substancia del primer hombre en la unidad del sér simbolizaba la doble naturaleza de Cristo en la unidad de persona; Abel su inocencia, Moisés su nacimiento, Abraham su resolución, Isaac su sacrificio, Noé su ministerio, Melchisedech su sacerdocio, Jacob su fecundidad, José su exaltación, Job su paciencia, David su persecución, Salomón su autoridad, Sansón su muerte... Jonás su resurrección.

El Mesías predicho tenía que venir y vino á salvar lo que perecía.

La justicia de Dios, inexorable, necesitaba para aplacarse los méritos de la pasión y muerte de su Unigénito; por eso, apurado el cáliz del dolor hasta las heces, maltratado su cuerpo por el tormento, escarnecida su autoridad por la befa, consumado en suma el sacrificio, muere el verdadero Rey de los



judíos; pero impotente la muerte para retenerle, como impotente el universo para circunscribirle, resucita, y satisfecha la Divina Justicia, se abren de par en par las puertas de la gloria para los justos de ultratumba y para los hombres de buena voluntad, que creyeron en Jesús al Salvador esperado, que confesaron sus doctrinas, que se instruyeron en sus enseñanzas y que imploraron, arrepentidos, misericordia; y claro está que, á la muerte cruel y denigrante del Redentor, tenía que preceder la resurrección triunfal y gloriosa.

Lo había dicho el Nazareno á sus discípulos: «Como Jonás, después de haber pasado tres días y tres noches en el vientre de la ballena, salió de ella vivo, así el Hijo del Hombre, después de haber pasado tres días y tres noches en el seno de la tierra, saldrá de ella resucitado.» Mil años antes lo anunció también por boca del Rey Profeta: «Mi carne reposará en la esperanza, porque Dios no dejará mi alma en los lugares subterráneos y preservará el cuerpo de su Mesías de la corrupción del sepulcro...» «Dormiré con toda seguridad el sueño de la muerte, pero resucitaré, porque mi humanidad ha sido unida á la divinidad...» «Mi carne volverá á florecer.»



La muerte, al separar el alma del cuerpo de Jesucristo, no separó el alma ni el cuerpo de la divinidad, á la que toda la humanidad se hallaba hipostáticamente unida; por esta razón, su cuerpo, en el seno de la tierra, conservó siempre, como unido al Verbo, el principio absoluto de la inmortalidad y de la vida.

Todas las profecías se cumplieron: Cristo era el Hijo de Dios, y redimido el mundo con su pasión y con su muerte, tenía que volver y volvió en cuerpo y alma al seno de Dios, de donde había salido.

La escena fué terrible: el estupor subyugó la inteligencia del testigo; el espanto, la serenidad y aquellas tinieblas de luto que envolvían la redondez del planeta se trocaron bien pronto en aureolas de luz y cantos de alegría.

Roto el precinto del sepulcro, afianzado con el sello de la Sinagoga y del Imperio, surge la Resurrección, y los centinelas, cuya misión era impedir que los discípulos del Nazareno robaran su cuerpo, caen en tierra absortos, adormecidos, espantados por la magnificencia del espectáculo y por el contraste del silencio de la muerte con el bullicio de armonías y de hosannas con que la Naturaleza celebraba el triunfo de la divinidad en la Resurrección de Jesucristo.

Los sacerdotes y príncipes del pueblo pretendieron contener con promesas, halagos y dinero las afirmaciones auténticas de los testigos presenciales.

Supieron los Apóstoles que el Maestro volvería á verles en las montañas de Galilea por lo que el Angel de la Resurrección reveló á las santas mujeres, y allí fueron en seguida para atestiguar á la posteridad la evidencia del prodigio.

Cristo-Jesús había resucitado, según predijo por su propia boca y la de sus Profetas luego; era ciertamente el Hijo de Dios, el Rey de Judá, el Redentor del humano linaje. No cabe prueba más elocuente de la divinidad: le vieron morir, le vieron enterrado, le han visto después en las alturas, flotando entre nubes de incienso; estaba enfermizo y padecía y se hizo impassible, era pesado y opaco y se transformó en ligero y transparente.

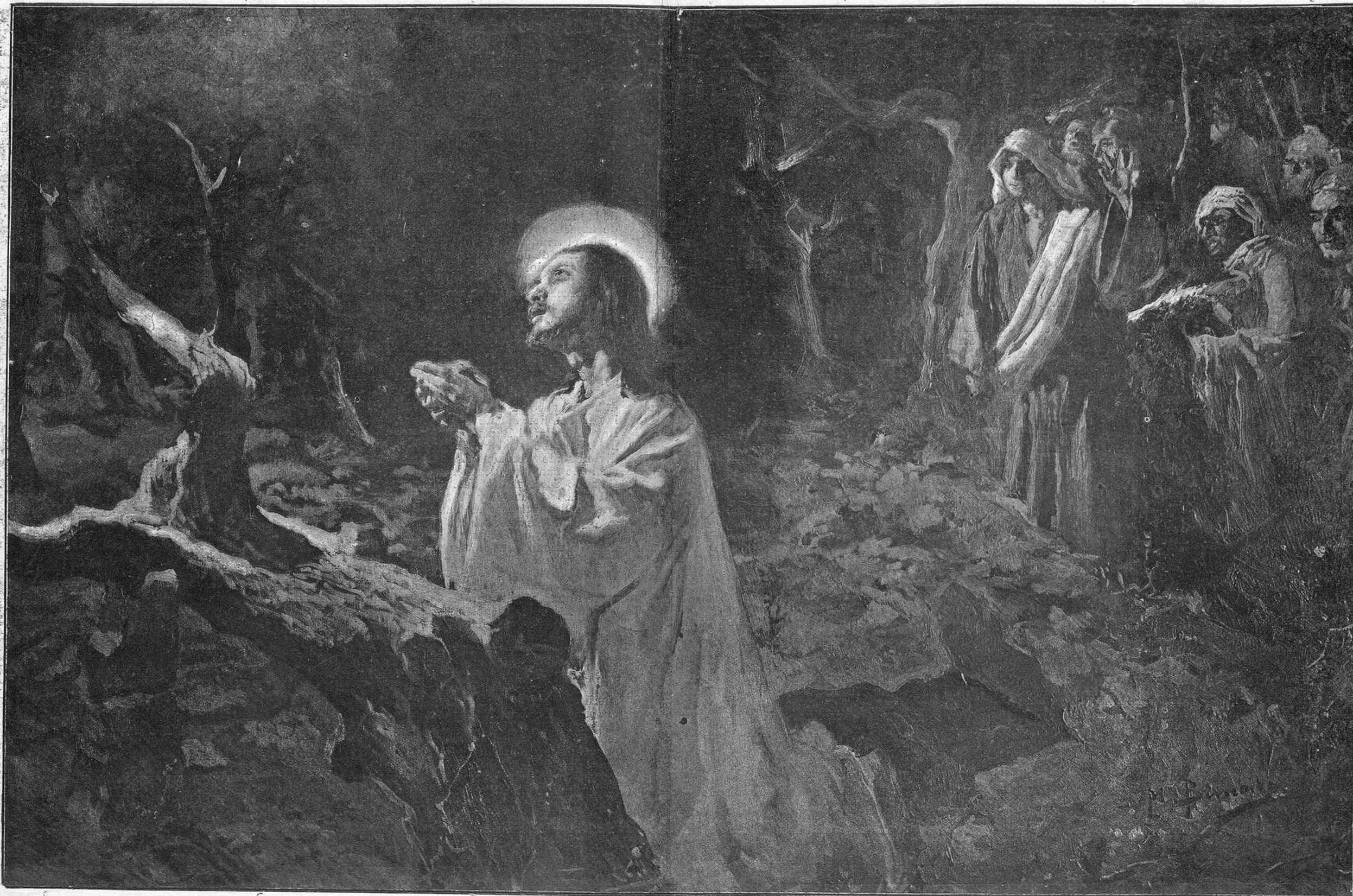
El hombre, bajo el punto de vista meramente humano, entrega á la tierra los atributos todos de su condición, por alta que ésta sea, y en tierra se convierte; Dios, en el sepulcro, manifiesta la omnipotencia de su divinidad, y resucita.

Aquellas notas esenciales y características de humildad, resignación, paciencia, sufrimiento y amargura que diferenciaron al Crucificado de sus verdugos y también de sus discípulos, tenían que patentizarse más y se patentizaron al día tercero de su muerte; porque muere el hombre, y como recuerdo perdurable de su peregrinación por el mundo, nunca falta la afección del pariente, la gratitud del amigo, el amor de la caridad, para escribir sobre su tumba esa sentencia inexorable que á todos nos espera: HIC YACET, aquí reposa... pero muere el Hijo de Dios, el que es, según sus propias palabras, la resurrección y la vida, y la voz de un angel, dirigida á las mujeres fuertes del Evangelio, á las amigas inseparables de la Virgen, á las tres Marías: Magdalena, Salomé y Cleofax, al frente de numeroso núcleo de escogidos, esculpé sobre la dura peña de su sepulcro, el epitafio más portentoso que presenciaron los siglos: *Surrexit*, NON EST HIC. NO ESTÁ AQUÍ, ha resucitado.

(Dibujos de Alberti.)



*Bernardino de Melgar*  
*Margde Benavites*



LA ORACIÓN DEL

HUERTO—Dibujo de M. Benedito.



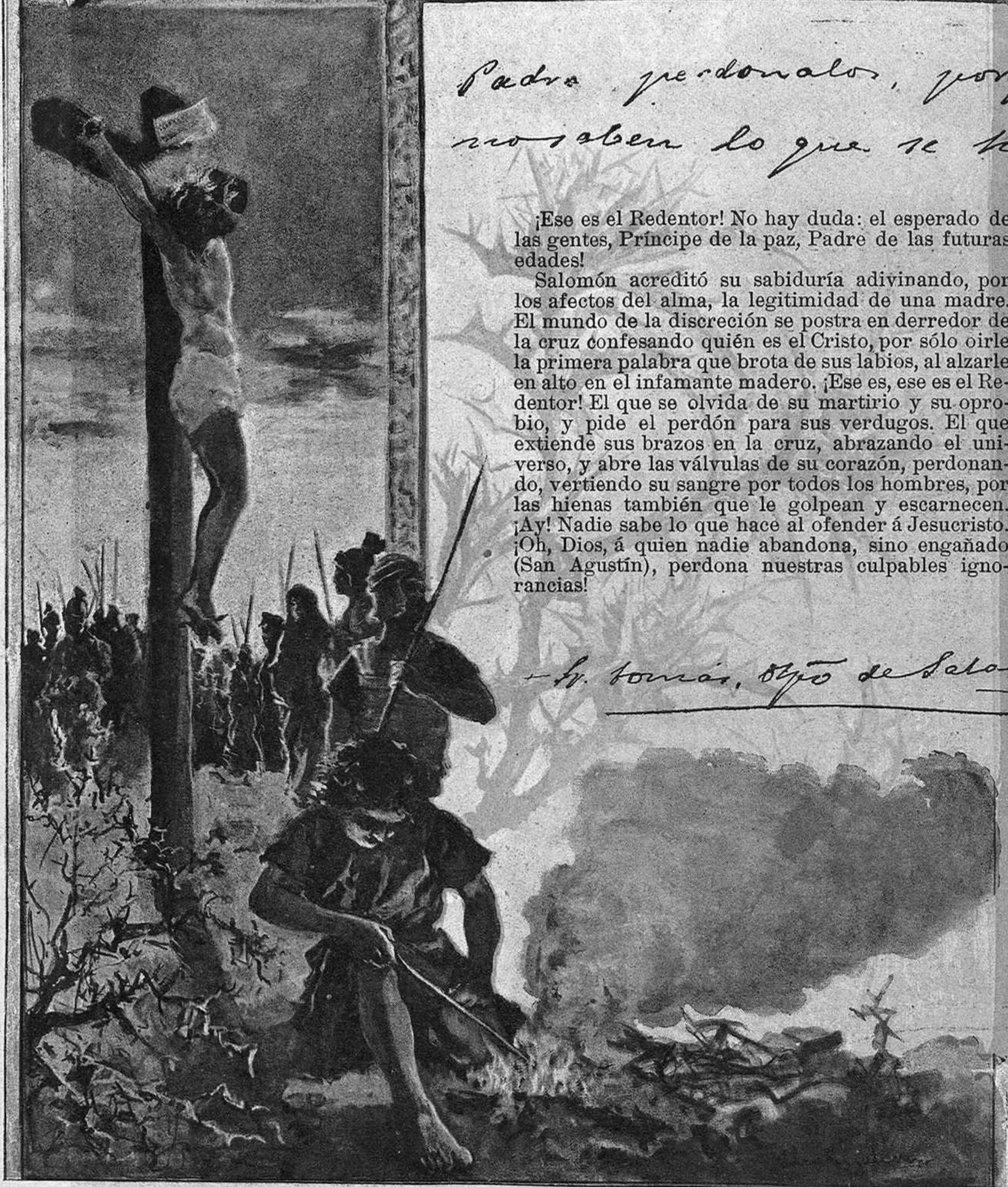
# Las siete palabras

*Padre perdónalos, porque  
no saben lo que se hacen*

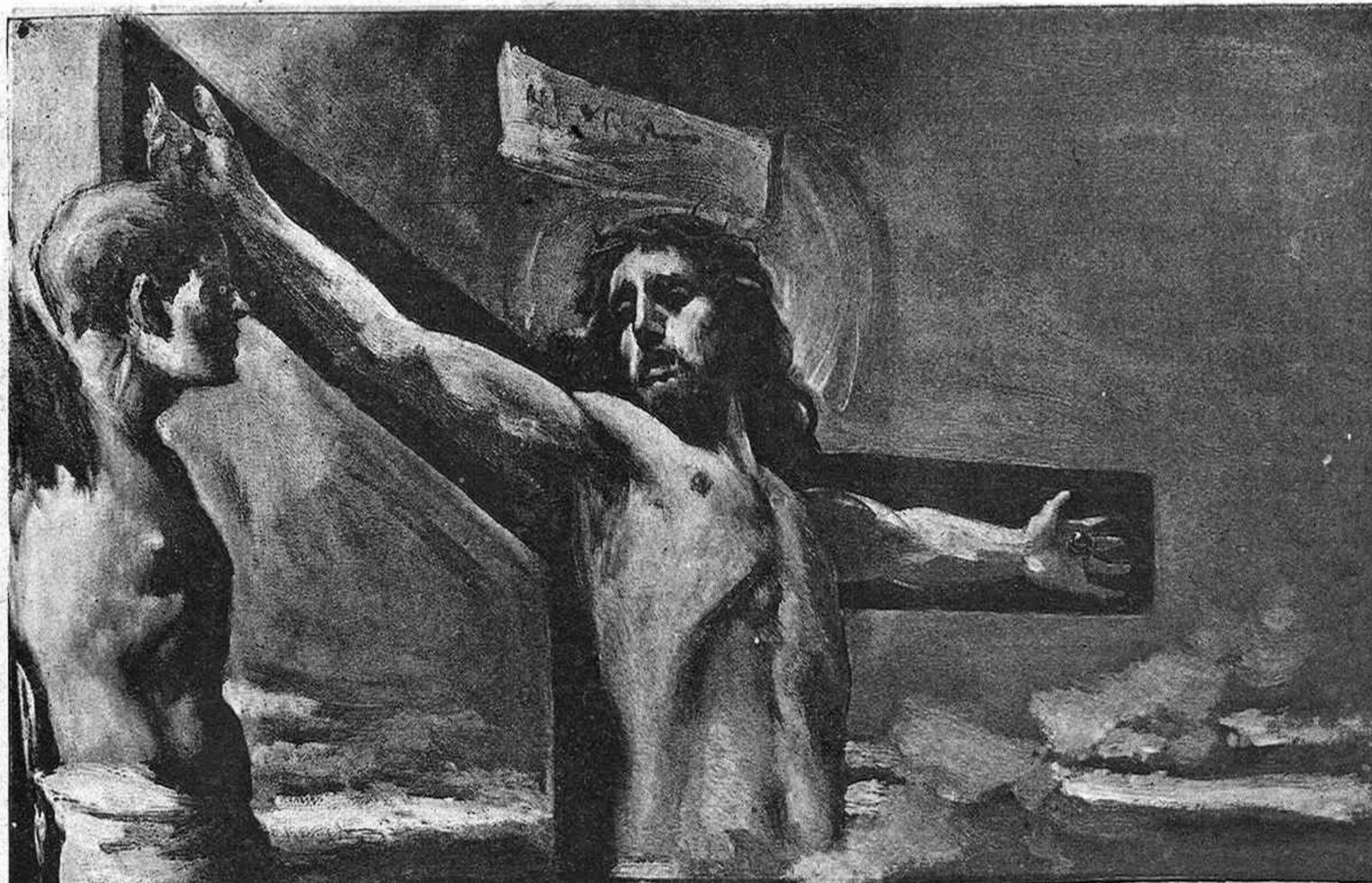
¡Ese es el Redentor! No hay duda: el esperado de las gentes, Príncipe de la paz, Padre de las futuras edades!

Salomón acreditó su sabiduría adivinando, por los afectos del alma, la legitimidad de una madre. El mundo de la discreción se postra en derredor de la cruz confesando quién es el Cristo, por sólo oírle la primera palabra que brota de sus labios, al alzarle en alto en el infamante madero. ¡Ese es, ese es el Redentor! El que se olvida de su martirio y su oprobio, y pide el perdón para sus verdugos. El que extiende sus brazos en la cruz, abrazando el universo, y abre las válvulas de su corazón, perdonando, vertiendo su sangre por todos los hombres, por las hienas también que le golpean y escarnecen. ¡Ay! Nadie sabe lo que hace al ofender á Jesucristo. ¡Oh, Dios, á quien nadie abandona, sino engañado (San Agustín), perdona nuestras culpables ignorancias!

*— S. Tomás, hijo de Salomón*



(Dibujo de Alcalá Galiano.)



*"Hoy serás conmigo en el Paraíso"*

Cristo aparece entre dos animales en Belén; entre dos Profetas en el Tabor; entre dos ladrones en el Calvario. Es que en Belén aparece el Mesías, en el Tabor el Maestro, en el Calvario el Redentor; y así como los animales de un establo hacen coro á los sublimes abatimientos del Divino Mesías, y los Doctores de ambas leyes abrillantan las sublimes enseñanzas del Divino Maestro, así también al divino carácter del Redentor convenía morir, consumando la Redención, entre aquellos dos singulares personajes del Calvario.

Dos ladrones son crucificados con Jesús: y de ellos, el uno se arrepiente y el otro se obstina; el uno clama y el otro insulta; el uno se salva y el otro se condena. He aquí dos grandes representaciones de las dos grandes tendencias de la humanidad ante la Cruz del Redentor: de la humanidad trastornada por las borrascas de la incredulidad; de la humanidad atraída por las dulzuras de la fe.

La triste historia de la primera, en la que hoy escriben horrenda página el racionalismo, la libertad del pensamiento y la anarquía de la inteligencia, apareció compendiada en el Ladrón malaventurado. Clavado en la cruz conforme está, mira á Jesús con mofa, le insulta, le arguye, lo blasfema: «Si tú eres Cristo, le dice, sá-tate á ti mismo y á nosotros.» Dijo, y un rayo fulminante estalla sobre este infeliz; su corazón se obstina, su reprobación se completa; y Jesús, con su misma sangre, rompe sobre él el séptimo sello del libro que encierra las plagas de su eterna justicia... No sé si en las Escrituras hay pasaje que tan gráficamente describa la triste historia de los trastornos y castigos de la incredulidad.

¡Oh! yo aparto mis ojos de ese hombre réprobo y condenado, y los dirijo á ese otro feliz y dichoso que reprende á su compañero, le hace ver la justicia de su castigo, le testifica la inocencia del que está en medio de los dos; y convirtiéndose á Jesús, clava en Él sus ojos llorosos: la fe le alienta, la contricción le conmueve, el amor le inflama, y, ¡Ay Señor! le dice: «Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu Reyno.» ¡Cómo es eso! Los maestros de Israel le condenan por malhechor, y tú le saludas como Rey? De sus mismos discípulos, ¿no le niega uno, no le vende otro, no le abandonan todos? y tú solo ahora lo reconoces, lo confiesas y ¡primer apologista de Cristo! lo aclamas y lo predicas?

He ahí el modelo de los fieles creyentes ante los desmanes de la incredulidad contemporánea; he ahí el tipo de los cristianos prácticos, de los católicos esforzados, en medio de las borrascas del libre pensamiento, y ante el abordaje intentado por los piratas de la fe y los salteadores de las creencias de nuestros mayores.

«Hoy serás conmigo en el Paraíso.» ¡Oh! este es el aliento en el presente combate por Cristo y su Iglesia: laureles eternos enardecen nuestro celo; coronas inmarcesibles alienten nuestros esfuerzos. Es promesa de Rey, que no faltará. ¡Oh! no, porque ya ese hoy del día de la eternidad brilla anticipado en los triunfos de su Iglesia, en los consuelos con que anima á sus creyentes. ¡Oh! estemos con Cristo, que á quien está con Cristo en su Iglesia, repite el Señor constantemente desde el cielo la segunda palabra que pronunció crucificado en el Calvario: «Hoy serás conmigo en el Paraíso.»

M. Santa María

(Dibujo de M. Santa María.)

+ Juan,  
Obispo de Málaga



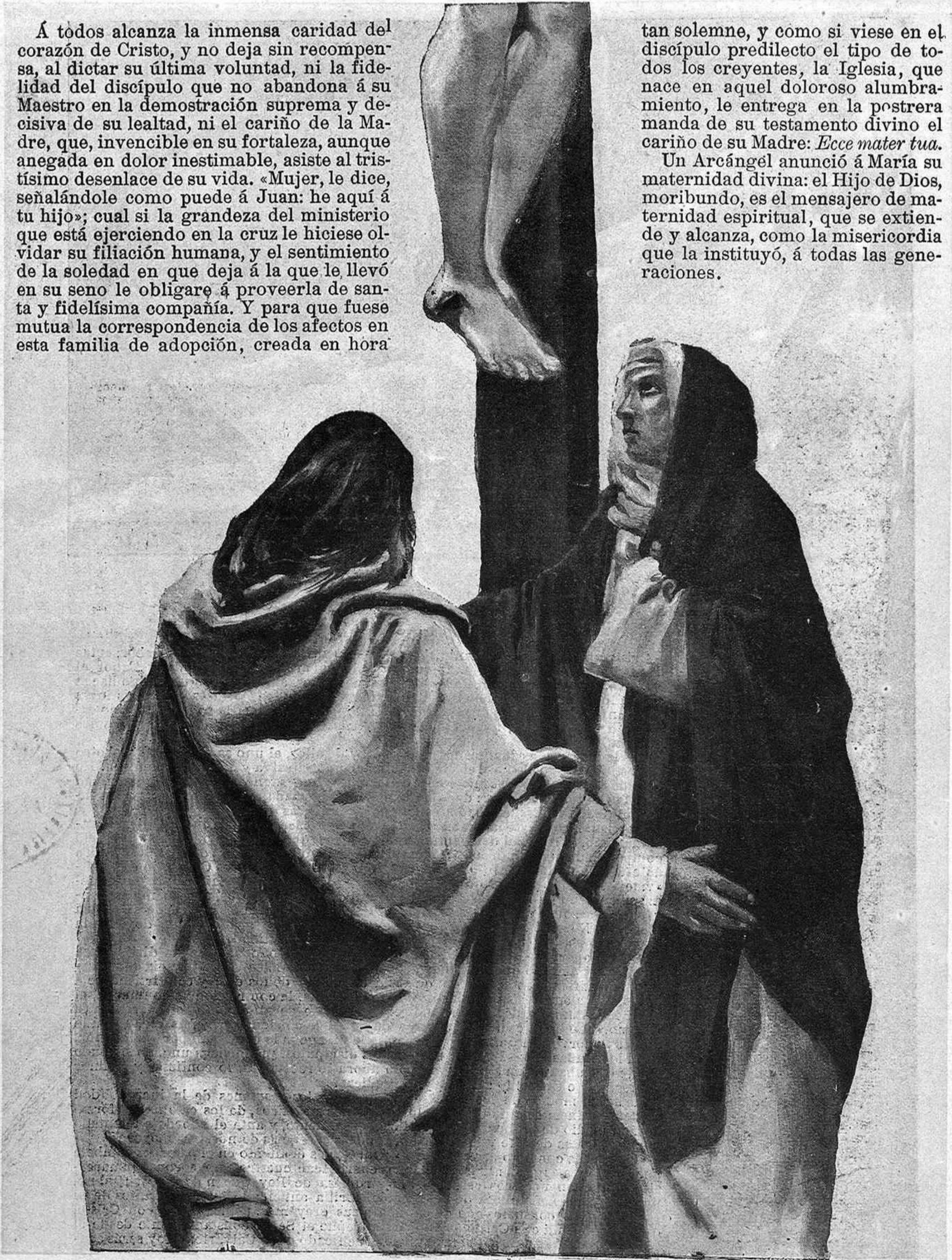
*Amor, ecce filius tuus... Ecce mater tua*

*Joan 14. 26-27.*

Á todos alcanza la inmensa caridad del corazón de Cristo, y no deja sin recompensa, al dictar su última voluntad, ni la fidelidad del discípulo que no abandona á su Maestro en la demostración suprema y decisiva de su lealtad, ni el cariño de la Madre, que, invencible en su fortaleza, aunque anegada en dolor inestimable, asiste al tris-tísimo desenlace de su vida. «Mujer, le dice, señalándole como puede á Juan: he aquí á tu hijo»; cual si la grandeza del ministerio que está ejerciendo en la cruz le hiciese olvidar su filiación humana, y el sentimiento de la soledad en que deja á la que le llevó en su seno le obligare á proveerla de santa y fidelísima compañía. Y para que fuese mutua la correspondencia de los afectos en esta familia de adopción, creada en hora

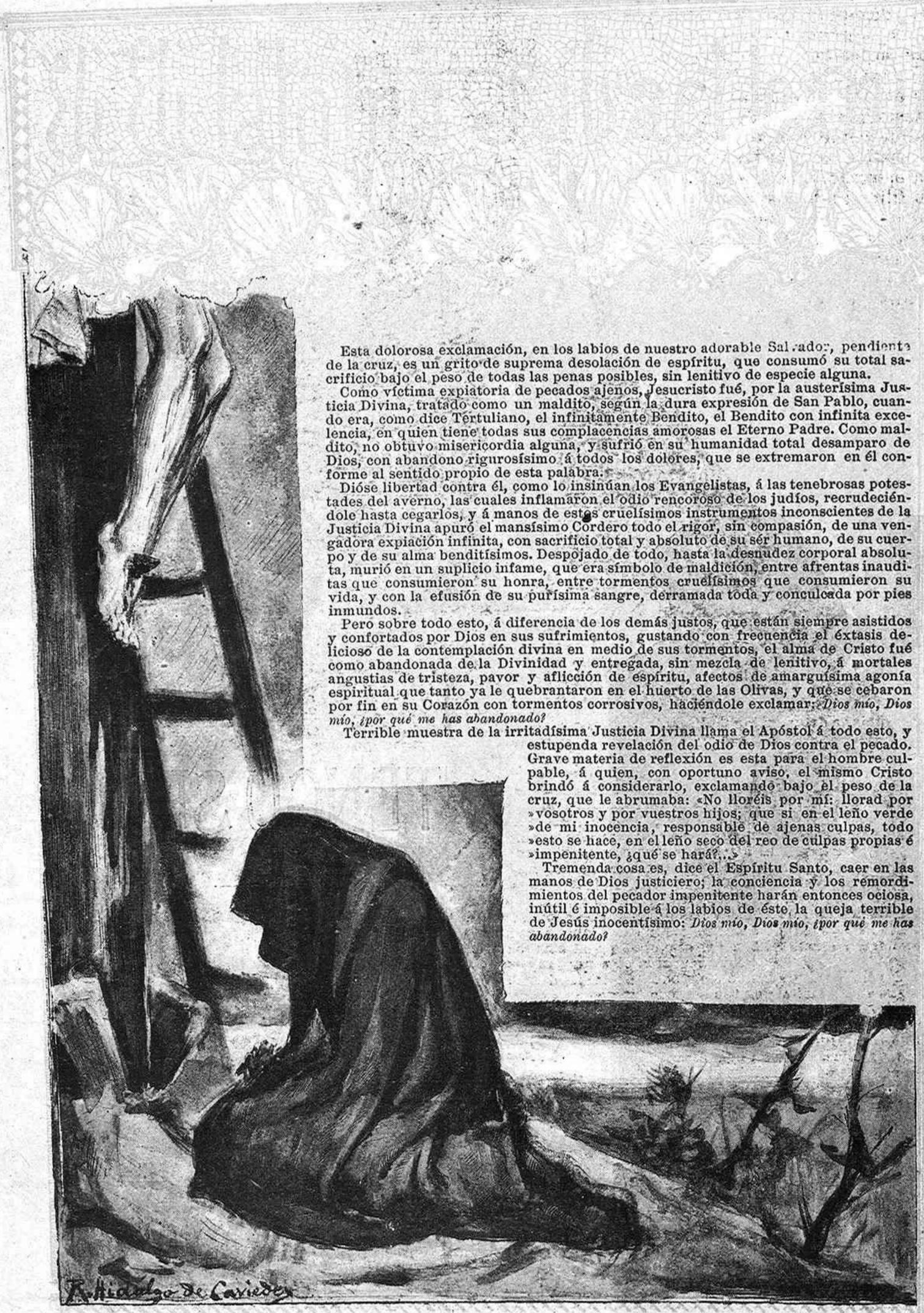
tan solemne, y como si viese en el discípulo predilecto el tipo de todos los creyentes, la Iglesia, que nace en aquel doloroso alumbramiento, le entrega en la postrera manda de su testamento divino el cariño de su Madre: *Ecce mater tua*.

Un Arcángel anunció á María su maternidad divina: el Hijo de Dios, moribundo, es el mensajero de maternidad espiritual, que se extiende y alcanza, como la misericordia que la instituyó, á todas las generaciones.



(Dibujo de Lezcano.)

+ El Obispo de Sucesora



Esta dolorosa exclamación, en los labios de nuestro adorable Salvador, pendiente de la cruz, es un grito de suprema desolación de espíritu, que consumó su total sacrificio bajo el peso de todas las penas posibles, sin lenitivo de especie alguna.

Como víctima expiatoria de pecados ajenos, Jesucristo fué, por la austerísima Justicia Divina, tratado como un maldito, según la dura expresión de San Pablo, cuando era, como dice Tertuliano, el infinitamente Bendito, el Bendito con infinita excelencia, en quien tiene todas sus complacencias amorosas el Eterno Padre. Como maldito, no obtuvo misericordia alguna, y sufrió en su humanidad total desamparo de Dios, con abandono rigurosísimo á todos los dolores, que se extremaron en él conforme al sentido propio de esta palabra.

Dióse libertad contra él, como lo insinúan los Evangelistas, á las tenebrosas potestades del averno, las cuales inflamaron el odio rencoroso de los judíos, recrudeciéndole hasta cegarlos, y á manos de estos crueles instrumentos inconscientes de la Justicia Divina apuró el mansísimo Cordero todo el rigor, sin compasión, de una vengadora expiación infinita, con sacrificio total y absoluto de su sér humano, de su cuerpo y de su alma benditísimos. Despojado de todo, hasta la desnudez corporal absoluta, murió en un suplicio infame, que era símbolo de maldición, entre afrentas inauditas que consumieron su honra, entre tormentos crueles que consumieron su vida, y con la efusión de su purísima sangre, derramada toda y conculcada por pies inmundos.

Pero sobre todo esto, á diferencia de los demás justos, que están siempre asistidos y confortados por Dios en sus sufrimientos, gustando con frecuencia el éxtasis delicioso de la contemplación divina en medio de sus tormentos, el alma de Cristo fué como abandonada de la Divinidad y entregada, sin mezcla de lenitivo, á mortales angustias de tristeza, pavor y aflicción de espíritu, afectos de amarguísima agonía espiritual que tanto ya le quebrantaron en el huerto de las Olivas, y que se cebaron por fin en su Corazón con tormentos corrosivos, haciéndole exclamar: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Terrible muestra de la irradísimas Justicia Divina llama el Apóstol á todo esto, y estupenda revelación del odio de Dios contra el pecado. Grave materia de reflexión es esta para el hombre culpable, á quien, con oportuno aviso, el mismo Cristo brindó á considerarlo, exclamando bajo el peso de la cruz, que le abrumaba: «No lloréis por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos; que si en el leño verde de mi inocencia, responsable de ajenas culpas, todo esto se hace, en el leño seco del reo de culpas propias é impenitente, ¿qué se hará?»

Tremenda cosa es, dice el Espíritu Santo, caer en las manos de Dios justiciero; la conciencia y los remordimientos del pecador impenitente harán entonces ociosa, inútil é imposible á los labios de éste, la queja terrible de Jesús inocentísimo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Luis Felipe  
Obispo de Zamora





## TENGO SED

*La sed corporal que Jesucristo padeció en la cruz no es tan ardiente como la que tiene de que las almas sean salvas y no incurran en la eterna condenación.*

*¡Almas, dadle de beber y no lo atormentéis con la hiel y vinagre de vuestra ingratitude!*

*J. Gregorio Maria, Fr. de Burgos*

(Dibuo de Andreu.)





F<sup>2</sup> MOTA

(Dibujo de F. Mota.)

## CONSUMATUM EST

Más pavorosas que las tinieblas vengadoras del Egipto (1) son las horribles sombras que el Calvario derrama sobre el mundo en la hora suprema del deicidio (2). Asombrados los sabios de la tierra, se dicen con dolorosa inquietud si torna el mundo al primitivo caos, ó saldrá un mundo nuevo del seno de tan extraña obscuridad...

Al grito de angustia arrancado á la conciencia humana por las negruras de aquella noche anticipada, contesta el Hombre Dios desde las cumbres ensangrentadas del Gólgota con una palabra misteriosa, en la cual, como en abreviatura divina, se compendian y sintetizan todos los problemas de la Historia: *Consumatum est* (3).

La justicia de Dios, la perversidad de los hombres, los vaticinios de los Profetas, con las esperanzas de los Patriarcas y el impaciente deseo de cuarenta generaciones... todo queda cumplido y terminado sobre la Cruz. *Consumatum.*

El templo de Jerusalén oscila, rásgase el velo del Tabernáculo, se interrumpe el sacrificio en manos de un sacerdocio agonizante... y aparece la Iglesia Universal, con dogmas fijos, leyes morales inalterables, y una Hostia y un Sacerdocio que durarán hasta el día en que, despeñados los siglos en el abismo eterno, diga el Angel apocalíptico, como el Mártir de Viernes Santo: *Consumatum est* (4).

- (1) Exod., 10, 22.
- (2) Math., 27, 45
- (3) Joan, 19, 30.
- (4) Math., 28, 20.

*Juime, Obispo de Sion*

## ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

No cesaron los escarnios y befas de los judíos durante la agonía de Jesús. Los Príncipes de los sacerdotes, los Doctores de la ley, los soldados, los ladrones que estaban crucificados con la Divina Víctima, desafiaban su poder y se burlaban de su divinidad. Moviendo sus cabezas, decían los que pasaban por el Calvario: «¡Ah! Tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo; si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz.» «¡Ha salvado á otros—repetían sus enemigos—y no puede salvarse á sí mismo! Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios, líbrelo ahora, si le ama, pues dijo: Soy el Hijo de Dios.»

Los judíos traducían como impotencia el silencio de la Augusta Víctima. ¡Insensatos! Llegada la hora de la consumación del gran sacrificio de los siglos, con voz entera y robustísima, con voz impropia de un moribundo, con voz que revela que Jesús muere porque quiere, cuando quiere y como quiere, habla por última vez, diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

¡Suprema y preciosísima lección de Jesús, que nos enseña cuál debe ser el último latido de nuestro corazón y la postrera aspiración de nuestra alma!

César Augusto murió diciendo: «¿He representado bien mi comedia? ¡Aplaudidme!» Bruto se suicida exclamando: «¡Oh, virtud! Te creí una realidad, pero veo que no eres más que un sueño.» Goethe, pidiendo «luz, más luz.» Sócrates... Nuestro Señor Jesucristo: «Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen!»

Sólo Él pudo enseñarnos á morir, dándonos desde la sublime cátedra de la cruz la más preciosa de sus instrucciones y el más importante de sus ejemplos.

En uno de esos momentos que el Señor dispone para confusión de la impiedad, reconoció J. J. Rousseau que si la vida y la muerte de Sócrates eran las de un filósofo, la vida y la muerte de Jesucristo eran las de un Dios.

Encomendando su espíritu al Padre contesta el Salvador al desafío de sus enemigos. Cuando ya le creían muerto, da un gran grito, sus ojos se arrasan en lágrimas, pronuncia su última palabra, é inclinada la cabeza exhala su espíritu. «Cum clamore válido et lacrymis», dice San Pablo. Las lágrimas son no ya un desfallecimiento de la humanidad de Jesús, sino un nuevo llamamiento de su amor á sus empedernidos verdugos; el fuerte grito y la última palabra demuestran que es Señor de la vida y de la muerte, y al inclinar su cabeza ordena á la terrible parca que siegue el hilo de su vida. En ocasión solemne había dicho á los judíos: «Nadie tiene poder para quitarme la vida.»

Es de notar que ni una palabra de reproche tienen los Evangelistas para los verdugos, ni una sola frase de conmiseración para la Víctima. Es el carácter divino del Evangelio. Los escritores sagrados refieren sin comentario alguno, y como si se tratara de un suceso ordinario acaecido en siglos remotos, la muerte de Jesús y el luto y consternación con que le lloraron todas las criaturas, á excepción de los judíos. Estos continuaron empedernidos é impávidos ante el trastorno de toda la Naturaleza. ¡Ceguera increíble! ¡Odio sin nombre! Ni en la cruz perdonan al buen Jesús: acibarán su agonía con hiel y vinagre, y le sacian de insultos, oprobios, escarnios y blasfemias. Al día siguiente acuden á Pilatos diciéndole: «Señor, nos acordamos de que aquel impostor dijo cuando todavía estaba en vida: «Resucitaré...»

Es el poder verdaderamente pavoroso que Dios concedió al hombre. Podemos arrepentirnos y salvarnos, podemos morir en la impenitencia y renegar al infierno. *Venciste Galileo*, fué la postrer blasfemia de Juliano el Apóstata.

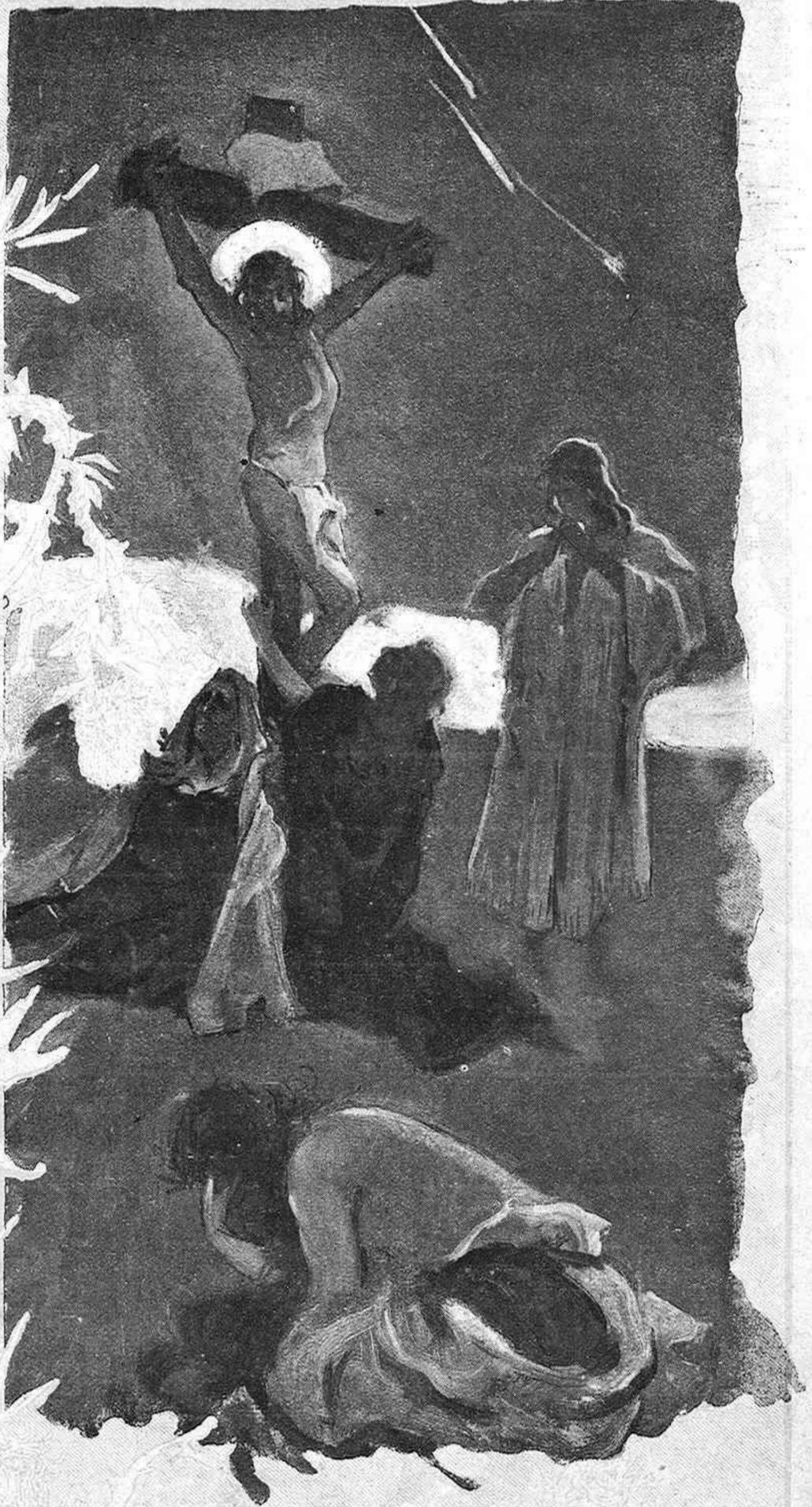
Este abuso de la libertad humana, esta rebeldía de la libertad humana contra Dios, contra la conciencia y contra la justicia, es el germen de miles de pecados y de apostasias; es también la clave para explicar grandes crímenes sociales. Los judíos, abusando de la fuerza bruta, ebrios de soberbia y esclavos de viles pasiones, crucificaron al Divino Maestro, que los había colmado de beneficios, pero Jesucristo resucitó al tercer día.

La verdad y la justicia también suelen ser ingrata y pérfidamente crucificadas en el mundo, pero la verdad y la justicia al fin resultarán triunfantes.

Apenas se había extinguido el eco de las blasfemias con que los deicidas habían retado el poder de Jesús, cuando Tito se presenta ante Jerusalén á recoger el guante arrojado contra la inocencia. Sabidos son los desastres y matanzas de la guerra y sitio que sufrió la ingrata Jerusalén. La historia nos dice que el caudillo romano hacia crucificar á los judíos y que la ciudad se vió cercada de crucificados... Más de un millón de judíos murieron de hambre y víctimas de la guerra... Hubo madres que se comieron á sus propios hijos. Al ser tomada Jerusalén, conmovióse Tito al ver calles y plazas llenas de cadáveres, y gimiendo en su corazón puso por testigo al cielo de que no era responsable de tamañas desgracias. Los que se salvaron de la muerte fueron condenados á levantar en Roma un monumento en honor del General victorioso, el cual amasaron con su sangre y con sus lágrimas, y cuyos restos todavía subsisten en testimonio de que la Justicia Divina aún en este mundo castiga á los pueblos prevaricadores.

El Obispo de Domiciopolis  
Preconizado de Segovia.

(Dibujo de Varela Sartorio.)



## AL PÚBLICO

Cerramos en esta página el número que LA REVISTA MODERNA dedica en el presente año á la SEMANA SANTA, y al terminar el esfuerzo necesario para conseguir nuestro propósito, cúmplenos manifestar que todos los ilustrísimos Prelados que nos han honrado con su altísima cooperación remitiéndonos sus trabajos autógrafos, han dado á LA REVISTA MODERNA una prueba inestimable de deferencia, á la que quedamos profundamente agradecidos.



